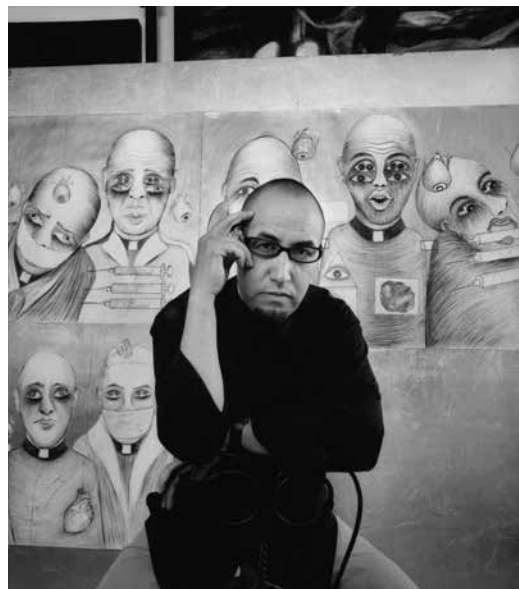


Retrato



Rubén Maya.

# El diálogo de la mirada. Retratos de Rogelio Cuéllar\*

GERMAINE GÓMEZ HARO

*Aprender a ver oír decir  
lo instantáneo  
es nuestro oficio*

Octavio Paz



Carlos Saura.

La fotografía es por excelencia el arte de aprehender el instante; revelaciones del instante e instantes de revelación, según Octavio Paz. Arte genuino y genial que, desde lo instantáneo, celebra a un tiempo la alianza y la ruptura con el tiempo lineal. Pero ¿hablamos aquí de un tiempo vertical u horizontal? Si nos referimos al fotoperiodismo o a la fotografía documental, su tiempo es, en rigor, histórico y, por lo tanto, horizontal. La fotografía artística, en cambio, se sitúa fuera del tiempo, o acaso en una temporalidad *otra*, llamémosla vertical por su posibilidad de ascender y descender a diversas alturas y profundidades, desde las cuales capta y plasma ese instante atemporal. Se dice que la poesía anula la continuidad del tiempo y, en palabras de Gaston Bachelard, “en el instante, el arte nos conduce al paraje primordial de nuestro ser, al lugar donde nos hallamos en el universo entero”, y añade que el instante poético es, en esencia, una relación armónica entre dos opuestos: la pasión y la razón, feliz simbiosis que asocio aquí al quehacer fotográfico de Rogelio Cuéllar, cuyos retratos anuncian las nupcias entre la imagen fotográfica y la imagen poética a partir de la mirada. Por intuición, con un espíritu lúdico y el rigor que da la experiencia, Cuéllar consigue captar en sus retratos el instante poético que subyace en toda obra de arte, el instante de la mirada, ahí donde se instaura (en palabras del propio artista), “un diálogo de silencios y de intensidades”. ¿Cómo logra Cuéllar atrapar ese instante de la mirada? Anteponiendo ante todo la voluntad de explorar la interioridad de sus modelos para sacar a la luz la expresión diáfana de su alma. Para muestra basta un botón, pero Cuéllar nos presenta en su reciente exposición en Casa Lamm, *Un domingo en la Alameda*, cien retratos de artistas plásticos que son un claro ejemplo de esa búsqueda incesante que ha permeado su obra a través de veinticinco años de creación: una variedad de fisonomías, temperamentos y caracteres captados con la sencillez que caracteriza a este notable fotógrafo. Ante todo, Cuéllar persigue la naturalidad; no busca embellecer ni idealizar a sus modelos, sino presentar al ser humano de carne y hueso. Y lo consigue: el retrato de Alice Rahon es clara muestra de ello, bellísima sin maquillajes, envuelta en un halo de luz que ilumina su apacible rostro. Rogelio comenta que no acostumbra componer escenarios, sino que prefiere



Beatriz Zamora. Fotografía: María Luisa Passarge.

captar al artista de manera espontánea en su entorno. Así, tenemos la figura de Toledo —una silueta fugaz, casi imperceptible— al fondo del estudio, donde vemos por aquí y por allá algún lienzo habitado por animales fantásticos. En este caso, Rogelio capta al pintor juchiteco en un singular ámbito de misticismo, afín a su personalidad.

Uno de los retratos más conmovedores de la exposición es, a mi juicio, el de Leonora Carrington: perfección de forma y de contenido. De un incierto fondo negro emerge el perfil de la pintora: una mirada penetrante, ensimismada, acaso inmersa en ese universo onírico que relata en sus obras. “Los retratos de un pintor o de un fotógrafo son sus máscaras y sirven para revelarlo”, dice Luis Cardoza y Aragón. Así es: la frescura y espontaneidad de Cuéllar se revelan en sus retratos, su espíritu lúdico hilvana toda su obra. Aún sin proponérselo, el lente de Rogelio percibe y captura la esencia psicológica de sus retratados. Así, vemos a Pablo O’Higgins muy serio, la regla y el compás en la mano, artífices y cómplices de su mesurada obra. Por el contrario, Mathias Goeritz lanza una enorme sonrisa que brilla al igual que las estrellas de su famosa *Constelación*.

El tiempo pasa. Los artistas nos dejan su pintura, su escultura... Rogelio Cuéllar, más allá de un documento fijo y momentáneo, nos deja un testimonio de lo inasible: retratos *sin máscara* elaborados por un fotógrafo *sin máscara*. Estoy segura de que Cuéllar coincidiría con este pensamiento de Van Gogh: “Prefiero pintar los ojos del hombre que las catedrales, pues los ojos poseen algo de lo que éstas carecen, a pesar de ser majestuosas e imponentes: el alma humana —trátese de un pobre mendigo o de una niña de la calle— es lo que más interesa a mi mirada”. ●

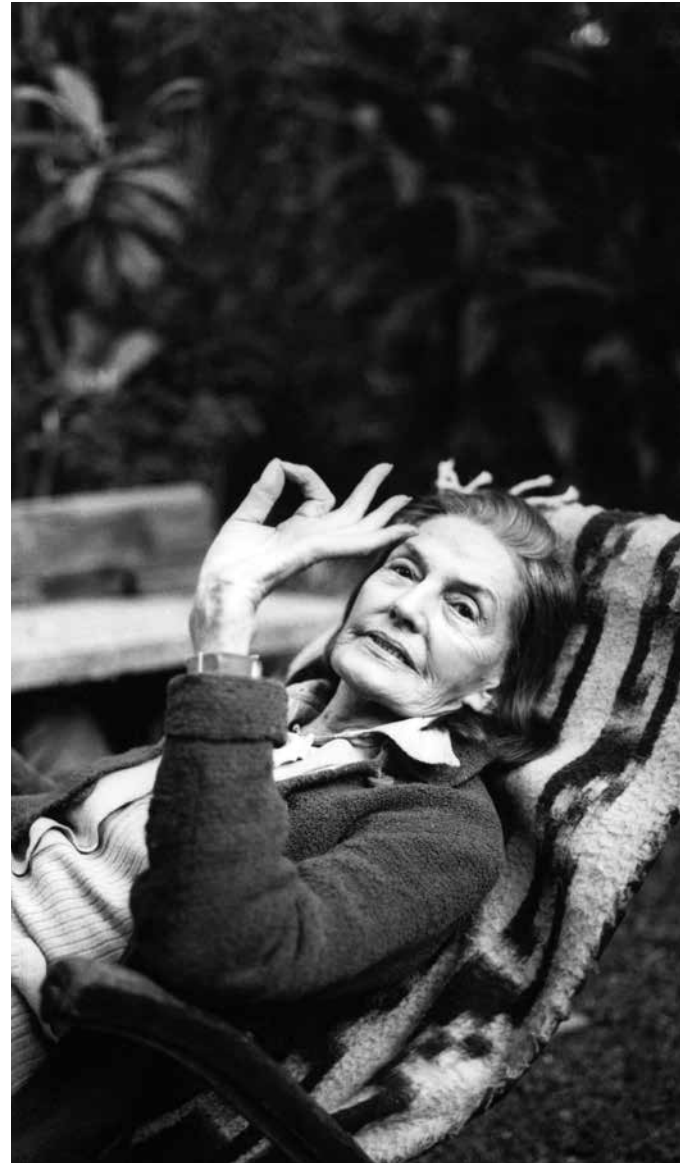
\* 1993

René Portocarrero.



Mario Martín del Campo.

Susi Delgado. Fotografía: María Luisa Passarge.



Alice Rahon.